

Este documento ha sido descargado de:
This document was downloaded from:



**Portal *de* Promoción y Difusión
Pública *del* Conocimiento
Académico y Científico**

<http://nulan.mdp.edu.ar> :: @NulanFCEyS

Tema: Industria, Ciudadanía, Estado y Nación en Argentina (1930 – 1976)

Coordinadores: Prof. María Cristina Lucchini, Prof. Ana Teresa Pfeiffer

En este 2º Simposio sobre Desarrollo e Industrialismo, se ha acotado el debate al tema de Industria, Ciudadanía, Estado y Nación en la Argentina de 1930 a 1976. Esta delimitación se ha hecho en función de priorizar el análisis de la industria sustitutiva de importaciones (ISI), y sus correlaciones políticas, sociales y culturales. La propuesta está abierta a todas las interpretaciones y perspectivas de abordaje.

EL APORTE DEL REVISIONISMO HISTÓRICO ARGENTINO AL DEBATE EN TORNO A LA VINCULACIÓN ENTRE DESARROLLO INDUSTRIAL Y CONSOLIDACIÓN DE LA NACIONALIDAD – UNA APROXIMACIÓN.

LIC. TEODORO V. BLANCO. UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES (Ciencias Sociales y CBC.).

INTRODUCCIÓN

El objetivo es hacer un aporte desde la Historia Intelectual, y más específicamente, desde la Historia de la Historiografía, al debate en torno a la relación entre desarrollo industrial y Estado Nacional.

El revisionismo histórico argentino, tuvo un papel peculiar, en ese sentido. No es habitual que un movimiento intelectual tenga un efecto directo sobre el público, lo normal es que las ideas sistemáticas, pasen por intermediaciones y tiempos, antes de llegar a repercutir socialmente, y muchas veces, en ese tránsito, se olvidan o desdibujan las fuentes.

El revisionismo histórico argentino (entendiendo como tal, al que se manifestó nacionalista, latinoamericanista, y antiimperialista), tuvo un efecto político casi directo, especialmente entre fines de los 50' y comienzos de los 70'.

¿Por qué? Los intelectuales - resignados u orgullosos, -de su papel olímpico, se lo han preguntado muchas veces.

En esta ponencia intentaremos algunas explicaciones que, adelantamos, no agotan el tema, y que además, están orientadas a la idea de industrialismo, como principal en el imaginario de una sociedad moderna, que aspira al desarrollo económico y a la integración social.

ETAPAS HISTORIOGRÁFICAS

Consideramos como tal, a los efectos de este trabajo, a las que se sucedieron en nuestro país, a partir de la Independencia. Una clasificación posible es la siguiente: proponer diversos tipos de historiografía, de historiadores y de problemáticas.

La primera está compuesta por personalidades que generalmente fueron actores de la gesta emancipadora, cronistas, memorialistas e historiadores autodidactas, creadora de una historiografía descriptiva de hechos políticos y militares, más preocupada por la biografía de los protagonistas de la guerra y de la organización de los Estados

Nacionales que por los problemas de las nuevas sociedades. Este tipo de historiografía es preponderante hasta mediados del siglo XIX.

El segundo grupo aparece ligado a las academias de historia u o otros institutos que se fueron fundando en la segunda mitad del siglo XIX. Lo configuran escritores, periodistas, educadores, muchas -figuras de las clases dirigentes -, y con frecuencia descendientes de los líderes de la independencia. Algunos produjeron obras de valor documental y analítico. Tal el caso de

Bartolomé Mitre y de Vicente Fidel López en la Argentina; de Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna en Chile; o de Capristano de Abreu en Brasil.

Este grupo no careció de formación científica ni de preocupación por los problemas teóricos y metodológicos de la historia. Positivistas en su mayoría, usaron los fenómenos geográficos y los factores raciales en la explicación de los hechos históricos.

El tercer grupo surge a fines del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX. Su lugar de origen está en las universidades, en sus cátedras, departamentos e institutos de historia. Sus más conspicuos representantes provienen de campos como el derecho, la economía o la sociología. Sus contribuciones a la historia han sido considerables tanto en el campo del método de investigación como en el análisis y documentación de los temas estudiados. Con ellos la historiografía argentina supera la preocupación casi exclusiva por los problemas políticos y militares, la historia de los acontecimientos, y la biografía de próceres y estadistas, para entrar en los campos de la economía, la cultura, las instituciones y las formas de organización social. Podrían incluirse aquí nombres como los de Juan Agustín García, Emilio Ravignani, Juan Álvarez, Ernesto Quesada en la Argentina; Alfonso Celso, Oliveira Viana, Jackson de Figueredo en el Brasil; Domingo Amunátegui Solar, Jaime Eyzaguirre o Domingo Encina en Chile.

Orientaciones y temáticas

La influencia positivista es axial en la formación de la historiografía latinoamericana. El método y las concepciones filosóficas de las primeras generaciones de historiadores de los siglos XIX y XX siguen esta dirección. En primer lugar el método. "Atenerse a los documentos y dejarlos hablar", como decía Fustel de Coulanges.

Bartolomé Mitre en Argentina, Barros Arana en Chile, Capistrano de Abreu en Brasil, son representativos de esta tendencia. Por su parte Ricardo Levene, uno de los fundadores de la "nueva escuela histórica argentina", decía que no se puede escribir la historia de un pueblo sin haber agotado previamente su documentación. Ir a las fuentes primarias, a los archivos, fue también la consigna impartida por Emilio Ravignani a sus discípulos del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Buenos Aires. Por supuesto que estas consignas presuponen el trabajo preciosista de los artesanos de la historiografía que en décadas anteriores se dedicaron a expurgar documentos, establecer las "fuentes" y organizar los archivos.

Pero, más allá de esto ¿es tan evidente la conexión entre erudición y positivismo? Collingwood en la década de 1940 afirmaba que los historiadores tomaron del positivismo el método, pero que no necesariamente adoptaron sus supuestos filosóficos. Y es un hecho que aún hoy, los historiadores formados en otros paradigmas: la escuela de los Annales o el marxismo, sin embargo siguen anclados en la fe por las fuentes primarias, su diferenciación de las secundarias, y que recurren obstinadamente en sus trabajos a la intercalación de citas textuales de ellas.

Quizás Topolsky ilumina este problema cuando define a la escuela erudito - genética. Fundada en Alemania, y con padre reconocido: Ranke. A la escuela rankeana le debemos el fichero, también la consigna de que el historiador debe reflejar la realidad pasada tal cual era.

Es una visión gnoseológica común con el positivismo y con el marxismo, la convicción decimonónica de que es posible acceder por la vía científica a la verdad absoluta. Pero los términos no son los mismos: una cosa son las etapas comtianas, otra la dialéctica marxiana, o el materialismo malthusiano de los Annales.

En muchos historiadores del período que analizamos puede observarse de todos modos la influencia de las variables explicativas del positivismo. Tierra, paisaje, clima y raza.

La tesis de Sarmiento en Facundo, por ejemplo, gozó de gran predicamento en toda América Latina; aún rebasando el período al que nos circunscribimos. Piénsese en Martínez Estrada o en Rómulo Gallegos. ¿Y por qué no en Borges cuando dice que los peronistas son incorregibles?

A las sucesivas generaciones de historiadores latinoamericanos ha correspondido no sólo una determinada orientación y formación científica, sino también problemas específicos que aparecen en la obra de sus representantes más destacados.

El Revisionismo Histórico Argentino.

En el plano de la cultura hay dos cuestiones claves que a veces se entrecruzan, pero que son tratadas de maneras diversas por cada uno de los grupos generacionales a los que hicimos alusión. Una es la del hispanismo. La ruptura con la metrópoli y el abandono de las viejas lealtades exigía para los americanos una explicación y una justificación entre sí mismos y ante la opinión mundial.

Ante esta tarea, desde los orígenes de la historia republicana oficial se produjeron dos corrientes de pensamiento bien delimitadas. De un lado la integrada por los historiadores de formación "ilustrada", positivista y liberal; del otro la de tendencia "tradicionalista", católica y conservadora. Para los primeros, no sólo fue necesaria y justificada la Independencia; se requería también una ruptura con la tradición de la cultura española y todos los valores que ella significaba. Los segundos aceptaban a su vez la independencia, pero no la ruptura con las tradiciones hispánicas, cuyos valores consideraban como la sustancia de la nacionalidad.

Hacia fines del siglo XIX el debate tiene un giro. España ya ha sido olvidada como potencia colonial, y se comienza a discutir la hegemonía anglosajona, especialmente a partir de la guerra de Cuba. Entonces comienza a perfilarse un nuevo hispanismo, no ya reaccionario, en la búsqueda de una identidad común latinoamericana.

A esto se le suma la reivindicación de las raíces precolombinas. Quizás la revolución mexicana haya tenido en este sentido un papel precursor. Pero hay que considerar otros factores: la eliminación del indígena como elemento subversivo del orden preconizado por la civilización blanca, y los nuevos problemas que en algunos países de la región - la Argentina en especial - provoca la ola inmigratoria.

Aquí es donde se mezclan las posiciones y encontraremos solidaridades entre hispanistas y antihispanistas construídas al calor de una común convicción en la superioridad de los blancos sobre los aborígenes o los afroamericanos. Por otro lado, aunque menos numerosos, también habrá intelectuales separados por cuestiones ideológicas, que sin embargo coincidirán en rescatar el pasado indígena para sus respectivos bandos. Estos son los que comienzan a pensar en una identidad latinoamericana.

La otra cuestión central, la política, aparecerá, en la época, monopolizada por la dicotomía Democracia - Caudillismo.

Las vicisitudes de las reformas republicanas de gobierno y la inestabilidad política de los países latinoamericanos íntimamente ligadas al fenómeno del caudillismo en la forma típica en que éste se ha dado en ellos, ha sido uno de los motivos constantes de reflexión de los historiadores de la región. La contraposición caudillismo - democracia ha servido de línea divisoria y referencia para demarcar las corrientes de la historiografía y ubicar la posición política de sus historiadores. Los argentinos se cuentan entre los que mayor importancia le han dado al fenómeno del caudillismo. El papel de Juan Manuel de Rosas, el caudillo que rigió los destinos nacionales durante treinta años, ha sido el centro de una larga e intensa controversia iniciada a fines del siglo XIX, que aún no ha terminado y que dio lugar al llamado revisionismo histórico argentino. ¿Fue Rosas simplemente un caudillo y un tirano, producto del atraso y de la barbarie, como lo sugería la historiografía inspirada en las tesis sostenidas por Sarmiento en su *Facundo*? ¿Fue su obra de gobierno la negación del progreso intelectual y moral de la nación, como se podría deducir de las obras de Mitre, Alberdi, Vicente Fidel López, y demás pensadores liberales?

La obra de Adolfo Saldías, *Historia de la Confederación Argentina*, inició la revisión de esa postura. Le siguieron otras como *La época de Rosas* de Ernesto Quesada, y *Las Guerras civiles argentinas* de Juan Alvarez.

La gran depresión de 1930 produce en América Latina una nueva toma de conciencia de sus problemas, de su dependencia económica y política con respecto a Inglaterra o a los Estados Unidos. Dentro de este clima, para algunos historiadores argentinos la figura de Rosas surge como el símbolo de las luchas por la soberanía y los intereses de la Nación frente a las fuerzas del imperialismo. La obra de Carlos Ibarguren y la de Julio Irazusta marcan la segunda etapa del revisionismo histórico argentino. Rosas aparece como uno de los creadores de la Argentina

moderna, paladín de la unidad nacional y forjador de la política exterior argentina de resistencia a las pretensiones de las potencias imperialistas.

Muy cercana al tema de los caudillos se encuentra en la historiografía latinoamericana la crítica del Estado liberal y de sus aspectos conexos como las contraposiciones centralismo - federalismo, gobierno presidencial fuerte y prerrogativas parlamentarias, sufragio universal o limitaciones al voto ciudadano. Para muchos historiadores fue un desacierto de los fundadores de las nuevas repúblicas haber adoptado los principios constitucionales franceses o norteamericanos. De acuerdo a esta postura, el arraigo de la tradición monárquica española, los bajos niveles educativos de amplias masas de la población, la subsistencia de grupos socioeconómicos no suficientemente integrados a la nacionalidad, la fuerza económica de las oligarquías locales, etc., hacían imposible o muy relativo el funcionamiento de la democracia liberal en los territorios latinoamericanos.

LA DÉCADA DEL 60' ¹

En esta época, es cuando la corriente historiográfica revisionista, se transforma en una fuerza política de alcance popular. Marginados de academias y otras instituciones, su producción — ignorada por los círculos académicos — logra construir un nuevo imaginario social. Las circunstancias, conocidas por todos, proscripción política, represión del movimiento obrero, una joven generación burguesa que buscaba, por distintos y variados motivos, la ruptura con los patrones tradicionales de su clase, la prosperidad económica, también, fueron sus condiciones.

En este marco, tan apretado, por las pautas establecidas por los organizadores del Congreso, mencionaremos a sólo uno de esos historiadores revisionistas, José María Rosa.

No tuvo una formación teórica sistemática, sus obras adolecen de muchos defectos, desde la perspectiva del modelo de erudición, sin embargo, sus obras alcanzaron una repercusión inédita tratándose de un intelectual ²

Entre ellas, Defensa y pérdida de nuestra independencia económica, que es la que nos interesa aquí, debido a su repercusión en cuanto a la legitimación de la idea industrialista, en el imaginario social. Sigue las enseñanzas de Alejandro Bunge, al respecto, y se las ingenia para incorporarlas al discurso de barricada del revisionismo. Bunge vivía en su castillo de cristal, y la historiografía academicista, cuyo patrón, en esa época, era Ricardo Levene, en el propio. Rosa tiene el talento de llevar esas ideas, insertándolas en el mito nacionalista y rosista, propuesto por los revisionistas, a la calle, a la "canalla". También, la de lograr que el revisionismo se convirtiera en la principal fuente ideológica del emergente movimiento peronista, aún, a contramano de lo que pensaba el propio Perón (que pensaba poco; era un político). Su relación, afectiva e intelectual, con John W. Cooke, el padre de la izquierda peronista, es un dato de gran importancia, para comprender la aceptación del peronismo, del revisionismo como su *alma mater*, y la influencia que este hecho tuvo en la conversión de un sector de la izquierda marxista al nacionalismo, y el surgimiento de la guerrilla montonera.

Para Rosa, como para Bunge, el futuro de la Argentina tenía que ser el de un país industrial, pero a diferencia de aquél, no pensaba como empresario, sino como vocero de las clases populares.

José María Rosa, modelo de historiador presentista, a la vez que de intelectual orgánico, solía concluir sus libros (casi siempre reritos de sus artículos periodísticos), prometiendo que en un

¹ Nos referimos a una época y no a un período cronológico. En cuestión de años la época de los 60' —no sólo en Argentina — comenzó a mediados de los 50' y se extendió hasta mediados de los 70'. Serían entonces, dos décadas, pero son los cambios relevantes los que le dan nombre a una época, y en este caso, el referente es el año de 1968.

² Rosa nace en 1906, en el seno de una familia de larga prosapia unitaria. Uno de sus ascendientes directos, es M^o de Hacienda durante el segundo gobierno de Roca, y exponente no sólo de las ideas liberales, sino también, estrechamente vinculado a los intereses ingleses. Se recibe de abogado en la UBA, en 1928, es partidario del golpe del 30', y luego de un breve paso por la función pública, se dedica a la historia, publicando en los periódicos nacionalistas de la época, en el Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, y en la Revista de Economía Argentina, cuyo director era su suegro.

futuro profundizaría el tema. Por eso creemos, que en su caso, y en justicia, aplacemos un análisis más profundo de sus ideas, para una próxima ponencia.

El Revisionismo es el sentido común histórico de los argentinos

El juicio, según Diana Q – Woisson³ es de Tulio Halperin Donghi. y me parece apropiado para intentar una conclusión; puede interpretarse de diferentes maneras.

El sentido común, en primer lugar, es lo opuesto, en el plano epistemológico, al conocimiento crítico, racional. Es el pensamiento vulgar, distinto del pensamiento intelectual (que muchas veces se confunde, lamentablemente, con la opinión de la gente culta)..

El sentido común, también es el common sense, de los ingleses, heredero secular del vox populi, vox dei, del Medioevo. Lectura en la que adquiere un status popular, democrático, e igualitarista.

La apelación a una categoría ambigua, como la de sentido común, nos introduce en una discusión de sentido, difícil de solucionar en el plano del discurso. Me hago las siguientes preguntas, que les propongo: ¿el sentido común no tiene parte de verdad? ¿El sentido común debe ser dejado de lado, porque se basa, principalmente en la memoria, y no en las teorías, modelos, o paradigmas científicos? ¿El sentido común, es despreciable porque es la opinión, el pensamiento, la mentalidad, de la gente común, de las mayorías no intelectuales?

Los intelectuales, que tienen la ambición de influir en la política, ¿no envidian a sus pares, menos sometidos a los cánones, que lo logran?

Finalmente, un último interrogante, ¿Es erróneo el sentido común de los argentinos, que aún hoy, los lleva a aspirar a un futuro como nación industrial? ⁴

BIBLIOGRAFÍA

- Historiografía Argentina (1958 – 1988), AA.VV. Comité Internacional de Ciencias Históricas – Comité Argentino, Buenos Aires, 1990. Carbia, R, Historia crítica de la historiografía argentina, La Plata, 1939.
- Collingwood, R.G., Idea de la Historia, México, FCE, 1982.
- De Paoli, P, El revisionismo histórico y las desviaciones del Dr. J.M. Rosa, Buenos Aires, 1965.
- Devoto, F. (comp.), La historiografía argentina en el siglo XX, Buenos Aires, CEAL, 1993.
- Halperin Donghi, T., El revisionismo histórico argentino, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970.
- Halperin Donghi, T., El revisionismo histórico argentino como una visión decadentista de la historia nacional, Revista Punto de Vista, N° 23, abril de 1985.
- Irazusta, J., Vida política de J.M. de Rosas, a través de su correspondencia, Buenos Aires, 1941.
- Palacio, E., Historia Argentina, Buenos Aires, 1954.
- Romero, J.L., El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina, Buenos Aires, AZ editora, 1998.
- Rosa, J.M.; Rivadavia y el imperialismo financiero, Buenos Aires, 1964.
- Rosa, J., La Guerra del Paraguay, Buenos Aires, Huemul, 1964.

³ Cfr. Diana Quatrocchi – Woisson, *Un nationalisme de déracinés. L'Argentine pays malade de sa mémoire*, CNRS, Paris, 1990. Hay edición en español, *Los males de la Historia*, Buenos Aires, EMECE, 1995, pero recomiendo, por problemas de traducción, la versión original.....

⁴ Hay numerosas encuestas que lo indican, pero para evitar las suspicacias que suelen provocar los encuestadores, mencionaré sólo una, de la que participé y puedo dar fe. La encuesta realizada en 1999 a los alumnos de la Cátedra de Sociedad y Estado del CBC/UBA, dirigida por la Prof. Cristina Lucchini. Los resultados de las preguntas pertinentes al tema al que nos referimos, fueron mayoritariamente a favor de que la Argentina debía privilegiar la industria y el mercado interno. Y estamos hablando de un universo de análisis constituido por jóvenes de ambos sexos, de una edad promedio de 19 años, que ingresaban a la Universidad de Buenos Aires. Cfr. Actas del IIº Congreso de Historia Económica de Brasil, Universidade Federal de Paraná, 1999.

- Rosa, J.M., Defensa y pérdida de nuestra independencia económica, Buenos Aires, Huemul, 1962.
- Topolsky, J., Metodología de la Historia, Madrid, Cátedra, 1985.
- Woisson, Diana Quatrocchi, Los males de la memoria, Buenos Aires, EMECE, 1995.